PREGÓN DE LAS FIESTAS DE LA MERCÈ

Elvira Lindo

Quería comenzar ante todo dando las gracias al Ayuntamiento de Barcelona por haber tenido la generosidad de invitarme a leer el pregón que da inicio a una fiestas tan arraigadas en la vida de esta ciudad como son las fiestas de La Mercè. Es una muestra de hospitalidad, así lo entiendo, la forma de decirle al forastero que aquí puede sentirse como en casa.

Pero debo confesar que ya me sentía aquí como en casa, mucho antes de imaginar siquiera que algún día me vería en este salón de solemnes discursos y pregones memorables. Mi propia peripecial vital, a fuerza de desarraigos y de separaciones, me ha proporcionado un temperamento que me permite moverme por el mundo, siempre que pueda y que el entorno no se me haga hostil, con la certeza de que un ser humano puede construir su geografía personal según al corazón le convenga. Eso es lo que hace exactamente la ficción, amoldar el mundo al destino de los personajes , y eso es lo hacemos las personas en la medida de nuestras posibilidades: ampliar nuestros horizontes y tener varias ciudades del alma a las que siempre querremos volver.

Al escritor siempre se le añaden credenciales o adjetivos. Responde a la idea de que todo individuo es clasificable. Así he leído muchas veces la definición con la que supuestamente he de contentarme: escritora madrileña. Ese es mi molde. Y sentía yo cierta extrañeza al leerlo, como si hubiera una verdad a medias dentro de esas dos palabras, porque si bien me dedico a escribir, es al arte de vivir a lo que dedico más tiempo, y si bien he vivido gran parte de mi vida en Madrid, tuve una infancia rural y peregrina

y hoy me considero más el resultado de una viaje permanente que de una sola ciudad. Si los argentinos descienden de los barcos, yo desciendo de un camión de mudanzas. En mi memoria familiar se mezclan acentos andaluces y aragoneses, pero sobre todo, mi temperamento está marcado por una infancia nómada que me fue dando acentos y luego me los fue borrando, del acento aragonés al mallorquín, del acento madrileño al andaluz. Además siempre he sido furiosamente contraria a conformarme con lo que mis padres me dieron y desde muy joven quise construirme a mi medida, quise elegir yo mi territorio, salirme de las calles, los pueblos y los paisajes de los que mis mayores procedían. El mundo está hecho de los que se van y de los que se quedan. Dicen los biólogos que nosotros no elegimos nuestro papel en la vida sino que nos viene dado en nuestro carnet genético. Yo necesito irme, siento la tendencia a ser infiel con mis propias raíces.

Hay algo, eso sí, que me enseñó la vida casi desde que puedo recordarla: a sentir como un deber, o al menos así lo entiendo, el empatizar con la gente. Donde fueres, haz lo que vieres. Suerte que pude echar mano de unas habilidades camaleónicas innatas para no sentirme fuera de juego, o por decirlo de manera más sentimental, para no sentirme sola. De ahí viene la extrañeza que siento cuando leo que soy sólo una cosa: madrileña, y que ese adjetivo ha de situarme, definirme, etiquetarme, darme amigos o enemigos. Permítanme que discrepe: me niego a esa simplificación de la vida. Vengo aquí sin credenciales, sólo soy una persona. Una persona por la que ha pasado la vida y una persona que ha paseado por una serie de ciudades que le han dejado huella. Una de mis ciudades es ésta. Hablo de ciudades porque, aunque mi infancia tuvo una parte más rural de lo que suelo contar, ha sido la vida urbana la que más hondamente me ha marcado, son las ciudades las que han dibujado ese caprichoso mapa íntimo que nada, ni la distancia, ni la política, ni las fronteras pueden ya borrar. Para cualquier adolescente inconformista que en los setenta se viera

arrastrado por la corriente poderosa de conciencia política y de deseo de cambiar el escenario en el que se había desarrollado la vida de nuestros padres, Barcelona siempre fue la ciudad donde parecía que algunos de esos deseos ya se había cumplido. Barcelona era la ciudad donde la libertad parecía llevar unos pasos por delante. Su propia configuración física se presentaba ante esos ojos míos infantiles de 1973 como algo que la hacía distinguirse de las otras ciudades que hasta el momento había conocido y que más tarde, ya de adolescente, entendí como la feliz unión entre cierta arquitectura burguesa señorial y un trazado urbanístico que la convertían en la ciudad moderna.

La primera Barcelona que recuerdo haber visto aparece retratada de forma sorprendente en las imágenes que hoy rescata mi memoria: es la ciudad a la que llegábamos por barco procedentes de otra de mis ciudades, Palma de Mallorca. Aquellos viajes te concedían la emoción lenta, forzosamente contenida, que sólo se tiene cuando se avista el paisaje urbano desde el mar, una sensación que parece venir de aquel mundo antiguo en el que los puertos recibían a gran parte de los viajeros que llegaban a la ciudad, viajeros que habían tenido meses de perspectiva marítima en los que acostumbrarse a la pérdida de lo que atrás dejaban y especular aún más sobre la nueva vida que les esperaba. Es una perspectiva distinta a la que da la entrada por tierra: la confirmación absoluta de la presencia del mar. Si durante muchos años Barcelona vivió de espaldas a un mediterráneo al que finalmente consiguió abrir las puertas, yo siempre tuve la certeza, dado que mis primeros pasos fueron en los muelles, de estar paseando por la ciudad marítima, la Barcelona que se acercaba y se agrandaba ante nuestros ojos lentamente, demasiado despacio para nuestra impaciencia infantil, que veía en el muelle la puerta de las vacaciones de verano.

Barcelona tuvo presencia física en mi memoria desde muy niña pero también se fue colando de manera sigilosa en mi mundo imaginario sin que al principio yo me diera cuenta. Supe, ya siendo adolescente, que la insaciable niña lectora que fui se había nutrido de libros que le nacían a la ciudad soñada. Fue algo más tarde de tener conciencia de que los libros no crecían por generación espontánea, sino que habían sido imaginados y escritor por un autor, cuando entendí que las novelas también nacen de una voluntad empresarial y Barcelona se me presentó como la ciudad editorial que es. No hablo sólo de esas grandes novelas que formaron a toda una generación escritores, sino de esa maravilla de Pulgarcitos, Tíovivos y DDTs, que los niños lectores leíamos hasta convertir el papel en transparente, o de todos esos clásicos que la editorial Bruguera puso en nuestras manos, en mejores o peores versiones, y que los niños devorábamos sin ser conscientes de que en nuestro universo solitario, ese paraíso de los niños lectores, estaban entrando Dickens, Mark Twain o Victor Hugo.

Con los años y las lecturas Barcelona se hizo presente en nuestras vidas como protagonista literaria. Barcelona como paisaje de la procelosa vida humana. Barcelona, pensábamos los que secretamente soñábamos con escribir algún día (o al menos soñaba yo), reunía, por razones geográficas, su cercanía al mar y a Francia; por razones económicas, el ser una ciudad de industria y comercio, y por razones sociales, la existencia de una burguesía ilustrada y la presencia de un aluvión de inmigrantes que vinieron aquí buscando un futuro mejor, todas las condiciones necesarias para construir la novela urbana, la novela moderna y cosmopolita, aquella en que se agitan los sueños de los que buscan escapar, prosperar, ser otros, huir de su origen, o afianzarse en él hasta la muerte. Eso es la novela. Eso representaba para mí Barcelona. No son sólo palabras. “El Quijote” se hizo realidad por primera vez aquí. Se ha dicho muchas veces que Barcelona es

la única ciudad que aparece nombrada como tal en la novela de Cervantes, pero en menos ocasiones se ha destacado que fuera aquí, en 1617, cuando viera la luz por vez primera el libro tal como lo conocemos ahora, con su primera y su segunda parte. Para las mentes con tendencia a la ensoñación la literatura ejerce el poder de acelerar el mecanismo cerebral por el cual se activan los amores y los deseos. En un momento de mi vida en que me sumergí en la obra y la personalidad de Federico García Lorca leía con fascinación la crónica de aquellos tiempos en torno a 1935 en los que el poeta sintió que esta ciudad le entendía, le admiraba, le respetaba. Cómo sería, pensaba yo y aún me lo pregunto, estrenar aquí Doña Rosita, Yerma, Bodas de sangre, cómo sería hacerlo de la mano y el arte de la diva del teatro, Margarita Xirgu, cómo sería vivir la emoción de aplauso en una Barcelona movilizada por un afán laborioso de modernización política y social. Cómo sería la cosa para que el poeta la reflejara, y de qué manera, en las cartas que escribía a su familia, en las que describió esos meses como algunos de los más felices de su vida.

Perdonen el desorden de las evocaciones, pero no es tal, tienen el orden cronológico de mi biografía, la forma en que esta ciudad a través de las edades de mi vida se hizo necesaria para mí. No puedo negar que el influjo literario tuvo mucho que ver en eso. En los años setenta surgían de aquí novelistas y poetas que parecían haberse formado en un país más moderno, más estructurado, en una ciudad donde imaginábamos que se daba eso tan anhelado y lejano como era el ambiente literario. De un extraño y mágico maletín, en el que al parecer cabía toda la historia de la literatura, el poeta Pere Gimferrer sacaba, como el mago saca palomas del sombrero, un libro de Rimbaud, de Faulkner, de Carson McCullers, y amigos como Ana María Moix, el querido Terenci o su amigo Eduardo Mendoza, hambrientos y siempre menos eruditos, recibían de sus manos el pan nuestro de cada día, para digerirlo y luego comentarlo.

Son cosas que he sabido luego, contadas por los propios protagonistas, pero que imaginaba entonces, como imaginaba que aquí andarían por las calles esos autores, unos más viejos que otros, de distintas generaciones pero que en mi mente conformaban un mundo compacto que trastornó mi cabeza llenándola de personajes o de versos. Por ahí andaban Carmen Laforet, Merce Rodoreda, Marsé, Gimferrer, Ana María Moix, Gil de Biedma, Vázquez Montalbán, Montserrat Roig, Esther Tusquets, y el querido Terenci, que era una ser diferente, tocado por el don de la amistad, con el que compartimos alguna larga noche de taberna y recuerdos de cine antiguo; todos ellos narradores de una ciudad donde hasta lo canalla o lo pobre parecía más proclive a ser novelado. De dónde si no salía el hombre más original que jamás haya conocido, Joan Brossa, el poeta que convertía cada gesto cotidiano en un acto poético, el poeta que estampó un huevo frito en el pecho de un cocinero a modo de condecoración; de dónde salía Pere Calders con esos cuentos de una sencillez aparente, sino de un mundo que parecía columpiarse entre la tradición y la modernidad, entre el ritual de Els Pastorets y una cierta amoralidad.

Todo surgía de esta ciudad, de esta ciudad de la que devorábamos, al menos los jóvenes con pretensiones políticas y artísticas de entonces, su teatro, su música, aprendiendo a fuerza de repetir versos ese idioma que tanto nos gustaba en boca de los cantantes de la Nova Canço, Guillermina Mota, Lluis Llach, Pi de la Serra, Marina Rosell, Serrat, o los ritmos de esa otra Barcelona más canalla y suburbial, la de la rumba catalana, que nació como la parra, rebelde y mestiza, y que de hermana pobretona de barrio periférico se hizo nueva rica, madre de todo un estilo musical que en vez de envejecer ha rejuvenecido con los años.

Barcelona está asociada en mi corazón a una palabra: juventud. Al deseo juvenil por pisar la ciudad moderna. Pero ese deseo juvenil alimentado por músicas, teatro y literatura, fue madurando como yo, y hoy

hay una Barcelona de mi madurez. Está relacionada, por supuesto, con los amigos que aquí tengo, y es que el vínculo que logra manternos unidos a una ciudad no puede sostenerse únicamente con admiraciones culturales. La geografía del corazón no es una guía turística, no puede mantenerse viva sólo a base lo arquitectónico. Entre el paisaje urbano y nuestra mirada tiene que haber algo más que una admiración objetiva. El lazo que hoy puede atarme a esta ciudad es la conversación entorno a una mesa, esa conversación que se interrumpe y se retoma con los viejos amigos comiendo y bebiendo, reconociendo sabores que nunca se olvidan, compartiendo confidencias. Las ciudades no sólo necesitan la mirada de la gente que nació y creció en ellas, sino la de los que pasamos la vida yendo y viniendo. La mirada ajena, por llamarla así, nos mejora, nos hace más conscientes de nuestras limitaciones y nos hace ver lo que de bueno tenemos. Nueva York, esa otra ciudad que poco a poco se ha ido haciendo mía, está construída sobre miles de miradas ajenas y, sin embargo, milagrosamente, no ha perdido su poderosa personalidad o identidad, si lo prefieren. No es fácil acabar con el aliento de una ciudad así como así. Las ciudades han renacido hasta del azote de las bombas. A veces nos sacude el miedo legítimo a un mundo que cada vez se parece más entre sí, donde la movilidad es mayor, donde lo que para nosotros es necesariamente familiar se tambalea y cambia de día en día, pero las ciudades europeas tendrán que que mirarse y aprender de esas otras ciudades americanas que asumieron al otro y le hicieron parte indispensable de la urbe. La ciudad puede con todo, lo asimila todo, y en esa asimilación del inmigrante está su garantía de futuro.

Soy gaditana, mañana madrileña, dentro de unos días neoyorkina y en otoño me sentiré de Buenos Aires, ciudad que supo acoger a la masiva inmigración que llegó hasta su puerto y que siguió siendo siempre Buenos Aires, y aquí deseo siempre ser barcelonesa, parte de esta fiesta de la

Merce, porque la verdadera fiesta ha de ser para el paisano y para el forastero. Es un equilibrio que los seres humanos han acabado siempre encontrando. El que llega, eso lo sé muy bien, ha de valerse de las armas del camaleón y ser respetuoso con el ambiente, y el que tiene sus raíces aquí hará bien en dejar que se sacudan un poco los cimientos de sus costumbres diarias, habrá de ceder un poco, habrá de tener confianza en el futuro, porque, aunque parezca que todo fue siempre como lo tenemos hoy ante nuestros ojos, somos el resultado de muchas agitaciones.

El neoyorkino tiene una costumbre curiosa, suele preguntarle al forastero qué le parece la ciudad y escucha con atención y curiosidad el relato asombrado del visitante. Suele sonreir ante las críticas porque íntimamente sabe que vive en una ciudad envidiada y hermosa. Entiendo que el barcelonés está en disposición de sentir lo mismo. Su ciudad es envidiada y hermosa, su ciudad es paisaje de los mejores cuentos, de la mejor arquitectura y de las mejores musicas, de esas músicas que salían de los dedos de ese genio que fue Tete Montoliú. En una ocasión uno de esos expertos que sólo entiende el arte si está sometido a algún tipo de clasificación le preguntó al maestro Montoliú que cómo había conseguido tocar como un negro. Él contestó con su peculiar sonrisa: “Es que yo soy negro”. Esa respuesta de apariencia simple es un tratado de derechos humanos, es una tesis musical, es la constatación de que a estas alturas no se puede ya hablar de razas, es el mismo pensamiento de Luther King, “luchamos por una sociedad racialmente ciega”, decía, pero expresado con la gracia del artista, es una declaración de amor por los seres humanos y contiene el deseo de ser uno más y la voluntad de que los otros no se queden al margen. Él miró Barcelona de la forma en que sólo puede contemplarla un ciego. La ciudad se fijaría en su memoria a través de sus oídos, de sus dedos y del olfato. Reuniría en el recuerdo los olores con los que se crió, los que subían por el hueco de las maravillosas escaleras

barcelonesas, los sabores de la comida materna, y las esencias, que tanto le interesaban, de las mujeres. Quisiera haberle preguntado qué era lo que representaba para él la quintaesencia de esta ciudad de los prodigios. Puede que nos hablara de una peculiar forma de charlar de la gente en los cafés, de la brisa de la tarde en un espacio abierto o del sonido de los tacones de las mujeres sobre la acera del Paseo de Gracia. Cosas imposibles de explicar si no se entrelazan con la experiencia personal.

Para mí fue esta es la ciudad que vi desde el mar en mi niñez, la presencia misteriosa que se iba haciendo grande ante mis ojos; fue el paraíso soñado de mi juventud, pleno de lecturas y de idealismo, y ahora en la madurez, es en parte la ciudad donde nació físicamente mi último libro, donde espero que nazca el siguiente, es la ciudad que mostró tan abiertamente su solidaridad con Madrid cuando sufrimos el atentado del 11 de Marzo, es la ciudad de tantos amigos con los que mantengo una conversación de ida y vuelta, siempre interrumpida pero siempre leal.

Siento esta oportunidad que me han dado de vivir con ustedes las fiestas de la Mercè, unas de las más populares y queridas de Barcelona, como un regalo. No vengo representando a nadie ni a nada, sólo a mí misma. Perdónenme por haber enlazado mi visión de Barcelona con algunos recuerdos personales pero creo que mi pasión por esta ciudad es común a mucha gente de mi generación. En apariencia podrían parecer, como dijo el poeta, cosas de poca importancia, pero la relación del individuo con la ciudad ha de fijarse en detalles cotidianos para sobrevivir y no ser engullido por la zarpa urbana. En cada esquina de la ciudad, como diría el tango, está la sal de nuestro recuerdo.

Si tuviera que justificar mi presencia aquí esta noche echaría mano de las palabras de Tete Montoliú. Él dijo: “Es que yo soy negro”. Yo en este caso diría: “Es que yo soy barcelonesa”.